

Las razones para la desunión

El Diario Vasco, 1989-09-08: 17.

Los vascos hemos encontrado siempre espléndidas razones para justificar la más ruinosa dispersión de fuerzas.

Nuestra historia está llena de estas sinrazones.

Y así nos ha ido, y nos va.

Al enemigo de nuestra pervivencia como pueblo le ha bastado fomentar esta división interna, y a veces dejarnos solos con nuestra incompetencia política, para lograr sus fines. Los fines del centralismo político, y del cultural, que en nuestro caso siempre han ido de la mano, son claros; a pesar de constituir una mayoría suficiente para practicar la política que está en el ideario común, nos ha puesto a depender de limosnas que servirán, en el mejor de los casos, para mantener insuficientes nuestras insuficiencias.

Hasta que, al fin, llegue el tiempo límite en que nuestra recuperación como nacionalidad plena resulte imposible.

El tiempo que perdemos así está jugando contra nosotros.

Y esto puede suponer el final de nuestro pueblo.

Para cualquiera de nosotros personalmente o para cualquiera de nuestros respectivos partidos, un fracaso de esta magnitud tiene una importancia determinada en cuanto a frustración personal o partidista se refiere, pero a ver cuándo nos vamos a dar cuenta los vascos de hoy, responsables del presente de que está tocado el futuro, de la importancia del grito que dio hace más de un siglo un extraño, el geógrafo Elisée Reclus: "Los vascos, un pueblo que se va" (1876), al que con tanto valor y sacrificio reaccionó Sabino de Arana a fines del XIX, y que hoy, al tiempo y sus circunstancias, ya se está yendo de verdad entre nuestras irresponsables arrogancias y altanerías personales o de grupo.

No es la hora de llorar de impotencia, como un compañero que se me confiaba con esta sensibilidad, sino de ilusionar a este pueblo vasco, al que no le hace falta sino una señal generosa para ponerse de nuevo a trabajar con ilusión.

Las pequeñas diferencias de proyecto político o de carácter personal no constituyen en democracia razón suficiente para justificar el cariz de enfrentamiento permanente a que hemos llegado. Hay razones de urgencia política que deben prevalecer sobre cualquier otra. Un gesto práctico de labor coincidente puede cambiar de rumbo la política nacional vasca. Alguien ha propuesto estos días un acuerdo político para una lista común en las elecciones estatales de fines de octubre; responder a este "protagonismo interesado" con otro del mismo carácter reduciendo el objetivo a la mitad, o con otras respuestas de consecuencia parecida, parecen más interesados en afianzarse en el viejo error fundamental de la división de cercos estériles en lugar del

concierto real de las diferencias en la medida mínima de ponerlos a trabajar en colaboración.

El lema de la dispersión permanente no lo va a aceptar el pueblo nacionalista vasco fácilmente.

Nuestro pueblo no está para harakiris.

Vivimos, ciertamente, un momento difícil, pero como muchas veces nuestro pueblo en las horas de crisis profundas, puede crearse uno de flexión hacia una mayor capacidad de concertación de las diferencias; el pueblo vasco no espera un milagro, pero sí un gesto claro de realismo político y de amor a su pueblo.

Por encima de todo lo demás.